

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H.^{OS} MÉXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA MONTAÑA DE CRÁNEOS

ó

LAS CRUELDADES DE AHUIZOTL

por

HERIBERTO FRIAS



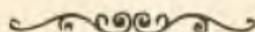
MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Reloz, 1

1900



La Montaña de Cráneos



Cuando en Tenochtitlán la insolente cobardía del rey Tizoc, sublevó á todos los buenos mexicanos y á los mismos guerreros y sacerdotes del Teocalli de Huitzilopochtli y murió al fin envenenado, los electores propusieron por rey al tremendo caudillo de los ejércitos aztecas, Ahuizotl, que acababa de ganar muchas y continuadas batallas, allá en los confines del ya inmenso imperio mexicano.

Los sacerdotes vistieron á Ahuizotl con una túnica que imitaba la que tenía el dios de la

guerra; pusieron en su nariz, en sus labios, en sus orejas y en el cuello, infinidad de esmeraldas bellísimas, y lo llevaron sobre unas andas entre una multitud de nobles personajes, hasta el gran Teocalli, donde esperaban sepultados en horribles calabozos los prisioneros que el rey había hecho en sus guerras y que después de su coronación debían ser sacrificados.

Ante el ídolo horroroso de Huitzilopochtli pusieronle á Ahuizotl un gran velo, que tenía pintadas horribles calaveras, y el mas viejo sacerdote del templo le dijo solemnemente: «Esto significa, oh gran rey, que debes cubrir tu imperio con los cadáveres de tus enemigos y que el dios de la guerra que tanto te ha protegido en las batallas, quiere que le hagas ofrendas de muerte y exterminio; y que así como tú y tus guerreros beben con gusto el blanco «neutle» de los verdes magueyes, así le gusta á él, dios de la guerra, beber la roja sangre de los corazones humanos.»

—«Yo haré,—contestó Ahuizotl,—que todos

los que resistan á mis armas y á las de mis guerreros, sean sacrificados para entregar sus corazones á la divinidad de la guerra y de la sangre.»

Ese mismo día empezaron en Tenochtitlan las fiestas de la coronación del rey. Por todas partes había cantos, gritos de algazara y danzas; pero antes se había verificado una cosa horrible: el sacrificio de cinco mil prisioneros, cuyos corazones fueron ofrecidos al horrible ídolo y cuyos cuerpos eran arrojados desde lo alto de una elevada torre, sobre las gradas del templo, donde iban rebotando de una manera espantosa.

El rey desde la azotea de su palacio, contemplaba con alegría, rodeado de sus servidores, príncipes y sacerdotes, aquellas escenas, cuando un bello enanito muy curioso y muy raro, vestido con un traje de garza blanca, apareció sin saber como llevando en sus manos una bandeja de plata incrustada de ópalos magníficos en que había una jícara de con-

cha nácar rebosando un licor color de oro, de aroma exquisita, incitante y espumoso.

El enano se acercó diciendo:

—Mi Señora manda al poderoso rey Ahuizotl este licor que dá placer y alegría: bebedlo; ¡oh gran Señor, oh gran rey del Anahuac!



Ahuizolt dudó un momento en tomar de aquello; pero el delicioso aspecto de la bebida

y su exquisito perfume lo decidieron y bebió.

Cuando quiso devolver la jícara al enano que se la había presentado, éste había desaparecido; pero el rey exclamó lanzando una carcajada: este es un licor de los dioses; solo ellos pudieron haberme mandado esto con el enano-garza que acaba de volar y esto significa que ya soy compañero de los dioses...

* * *

Parecía que estaba solitaria la azotea del palacio; mas no fué así, porque al instante apareció una alta, linda y magnífica mujer.

La divina mujer le dijo al rey haciéndolo levantar:

—Ahuizotl, vengo en nombre del genio que protege la raza de los reyes aztecas; sé que hoy se han sacrificado en el templo de Huilzilopochtli, quince mil prisioneros; ¿todavía quieres mas sangre? Vengo á avisarte que si prosiegues arrancando corazones de los pechos humanos, pronto vendrán á ser ciertas las pala-

bras del viejo Quetzalcoatl, el de la barba de plata, que dejó dicho que habían de llegar por el OmecatI,—Oriente—por donde Tonatiuh aparece con sus túnicas de oro, los hijos vengadores de las crueldades de tu funesto dios: acuérdate, oh rey de mis palabras, sé bueno y serás feliz y morirás aclamado y bendecido por tu pueblo y no execrado vilmente como tu hermano Tizoc; no te dejes llevar por las pérfidas insinuaciones de las mujeres tlaxcaltecas que odian á México.

Iba el rey á detener á la misteriosa visión, pero al dar unos cuantos pasos persiguiéndola llegó al pretil de la azotea, y como ya era de noche no viendo el obstáculo se lanzó al vacío... iba á caer desde lo alto de aquella azotea hasta el profundo patio que se encontraba debajo... lanzó un grito de horror y extendió los brazos... estos encontraron en sus manos algo blando, y sedoso... ¡era una ala blanca adherida al cuerpo gentil de una águila blanca también!...

En la negrísima noche llena de silencio, pa-

vorosa, en las tinieblas, el águila blanca echó á volar... echó á volar sobre la ciudad de Tenochtitlan donde acababan de extinguirse los últimos ruidos de las alegres danzas y los postreros ayes de dolor de las víctimas sacrificadas en el templo de Huitzilopochtli...

¡Cuánta negrura!... ¡cuánto silencio!... ¡y quién había de decir que el nuevo rey Ahuizotl, lejos de su palacio atravesaba los aires colgado de las plumas de una de las alas del águila blanca rumbo al abismo!...

*
* *

Ahuizolt, el gran rey, está delante de una anciana pequeñita y venerable, dentro de un jacal humilde, sin mas luz que la que dá la luna, entrando por la chaparra puerta, en la que está de centinela el águila blanca. La viejecita, vestida con un «huipillí» hecho de plumas de paloma y alas de mariposa, le dice así al monarca:

—Soy nieta de los genios de la laguna, des-

de esta chinampa solitaria he protegido á los reyes aztecas cuando lo han merecido, pero estoy triste porque veo que os abandonáis á la embriaguez de la sangre; ¡ay de tu imperio,



Ahuizotl, si continuas dando de beber sangre al horroroso colibrí rojo, sobre todo, no hagas perecer á las doncellas inocentes que una iniqua tlaxcalteca te va á ofrecer á su venganza...

¿Quieres salvarlas?

—Sí,—contestó amedrentado el rey Ahuizotl.

—Toma entonces este colibrí de oro,—le dijo la viejecita entregándole un primorosísimo pajarillo, tan pequeño, que podía estar á gusto y formar su nido entre las hebras más delicadas de las cejas de una doncella.—Este pequeño colibrí,—volvió á decir la anciana hija de los genios de los lagos,—significa vida y libertad... puedes retirarte, Ahuizotl, monta en el águila blanca y llega hasta la azotea de tu palacio, donde quedarás dormido como mi águila te encontró; pero, ¡ay de tí si no te acuerdas de mis palabras!...

*
* *

El rey despierta en la azotea... brilla la luna y se encuentra á su lado una hermosa mujer que le dice enjugando su frente inundada de sudor:

—¡Oh gran rey cuanto has dormido, has llorado, tuviste pesadillas, reanímate!... ¿por qué sufres?

—Sufro,—contestó Ahuizotl—porque recuerdo haber hecho sacrificar á muchos miles de hombres que han muerto y porque estoy oyendo los gritos, los suspiros, los gemidos de pobres madres, de enamoradas esposas, de hijos, de todos los que dejaron mis prisioneros sacrificados allá muy lejos.

—Ahuizotl, ya no eres el mismo,—le dijo la mujer que le acompañaba,—¿ya ¿no te acuerdas de la tlaxcalteca Oxiuncatl, hermana de la esposa del rey Tizoc, tu hermano que murió envenenado por la hija del vil Zumpalicta «Huracán de muerte»?... Mira, mira,—prosiguió la terrible mujer,—ya sé que te han embriagado con un extraño licor para volverte cobarde y que te apartes del culto que tus valientes antepasados han rendido al dios de la guerra... Mira, ve la luna, está cubierta con nubes color de sangre... ¡Venga á tu hermano, rey Ahuizotl!

El rey entablaba una lucha terrible entre su conciencia y los recuerdos de su sueño y su cólera espantosa, su sed de venganza contra

los que habían envenenado al rey Tizoc su hermano.

—La mujer tlaxcalteca—prosiguió tomando de la mano al rey y llevándolo hasta tocar el pretil de la azotea, del palacio;—ve, allí, en la orilla de la ciudad, sobre las aguas que la luna ilumina, ve esas nubecillas, son canoas que llevan mujeres jóvenes que han hecho voto de pureza hasta que cesen lo que llaman tus crueldades; son muy hermosas, aprisioná-las, sino ¿qué se dirá mañana en Tenochtitlán?

Entonces el rey Ahuizolt se olvidó de sus promesas de benevolencia, vencido por los espíritus de la venganza, la crueldad y la ambición, mandó á sus guardias á que entrando armados en largas chalupas, bogaran veloces hasta alcanzar á las jóvenes que huían de México dirigiéndose á Texcoco temerosas de su despotismo.

Pronto las alcanzaron llegando con ellas al palacio de Ahuizotl, sin que ninguna hiciera resistencia.

Al día siguiente el rey, las encerró en una



jaula y sabiendo que cada una de aquellas mujeres preciosísimas era amada por muchos de los soldados de sus ejércitos, los mandó llamar, los introdujo en el patio más grande de su palacio y los tuvo encerrados allí cuarenta días hasta que todos fallecieron de hambre, excepto uno el mas joven de aquellos valientes llamado Matli que quedó como dormi-

do; luego la tlaxcalteca delante del rey Ahuizotl, fué cortando cabezas y cabezas, que iban amontonando de una manera horrible hasta formar una verdadera montaña que chorreaba sangre... una horrorosísima montaña con miles de ojos, bocas, narices, y en vez de árboles cabellos, y en vez de rocas carnes desgajadas y sanguinolentas y que exhalaba en vez de aromas el hedor horripilante de la carne humana descompuesta...

Llegó la noche de tan horrendo día: en el fondo del mas bello jardín del palacio de Ahuizotl, se alzaba la montaña de cabezas humanas y muy cerca oíanse los gemidos de las infelices doncellas cautivas que también esperaban la muerte, y que la hubieran recibido solo al contemplar el espantoso monte de cabezas. Pero en el patio donde las habían cortado quedó aquel valiente joven el único que pudo escapar á la matanza. Este se hundió bajo una losa entrando á un subterráneo y allí por la debilidad quedóse dormido muchos días y al despertar oyó un zentzontle que así cantaba: «toma el colibrí de oro de los cabellos del tirano y salva á las doncellas.»

Apenas oyó estas palabras, cuando comprendiendo el horror de su situación se lanza, guiándole el eco de la voz del zentzontle...

Bajo de un espeso sauce Ahuizotl contemplaba la montaña de cabezas, recreándose con los gritos de angustia de las mujeres que tenía encerradas. Mas hé aquí que de repente le arrancan un puñado de cejas oyendo al mismo tiempo esta voz: «ya tengo al colibrí de oro; ya he salvado á las mujeres; ¡ay de tí Ahuizotl! ¡ay de Tenochtitlán! ¡La sangre te ahogará!...»

Desde entonces, Ahuizotl, lleno de terror, para ahogar sus remordimientos, se embriagó mas y mas en sangre; y en vez de arrepentirse su cólera y su envidia lo hicieron mas y mas feroz preparando, como ya lo verán mis buenos lectorcitos, la caída del imperio azteca, de la que próximamente habré de hablaros en un interesante y conmovedor episodio que complete esta terrible narración.

Véase el siguiente interesante, divertido y moral episodio titulado:

EL ESTANDARTE NEGRO

en que aparece la sombra de Quetzalcoatl anunciando la llegada de los conquistadores españoles.

- La Leyenda del Monje Blanco**
El combate de Ocelotzin y Prado Alto
La Matanza de Cholula
La Princesa Rayo de Gloria
La Aclaración del Misterio
Historia de los dos Volcanes
Los Valientes en Chapultepeg
El Príncipe de las Aguilas
La Muerte de los Tiranos
El Caballero Misterioso
Las Arengas del Valor
Hernán Cortés ante Moctezuma
Historia del Rey Acamapitzin
Historia de la Princesa Ixnauxochitl
Tronco Horrible ó el Aguila de Sangre
Historia del Rey Netzahuacoydtl
La Prisión de Moctezuma
Aventuras del Príncipe Flor de Nopal
Flor del Remordimiento
La Reina Ayacihualt,
La batalla del Aguila Coahutly
La Montaña de Cráneos
El Teocalli de la Sangre
La Muerte de Flecha Velox
La Cascada de Plata